

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X. DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo. COLABORADORES: Todos los suscritores. NÚM. 408.



SEÑORAS

Visitad la casa de Antonio Clemares, Plateria, 56, y encontrareis grandes surtidos en plumas para adornos.

Pielés de Mongolia y de diferentes clases. Paraguas, fin de siglo, desde cuatro pesetas en adelante.

Soutaches, agremados y toda clase de adornos de temporada.

Perfumeria, corbatas y géneros de punto.

CASA DE CLEMARES
Plateria, 56.

Los Salicilatos de Bismuto Y CÉRIO DE VIVAS PÉREZ

Adeptados de Real orden por el Ministerio de Marina y recomendados por Academias de medicina nacionales y extranjeras

CURAN PRONTO Y BIEN A LOS ANCIANOS, A LOS TÍPICOS, A LOS DISENTÉRICOS,

cuya vida es un remedio verdaderamente heroico que corta su carrera mortal casi siempre;

A LAS EMBARAZADAS, cuyos vómitos agravan su vida y la de sus hijos, al par de padecer en forma desesperante;

A LOS NIÑOS en la dentición y destete; á los que padecen

CATARROS Y ÚLCERAS DE ESTÓMAGO y á todos los que padecen VÓMITOS Y DIARREAS, TIFUS Y AFIECCIONES CÓLERA, NES HÚMEDAS DE LA PIEL.

Éidense en todas las Farmacias y Droguerías del mundo

SALICILATOS VIVAS PÉREZ

Desconfiad de las falsificaciones é imitaciones, porque no darán resultado.

A nuestros lectores

En el centro de suscripciones establecido en las oficinas de LA JUVENTUD LITERARIA, Apóstoles 11, bajo, se sirven por cuadernos semanales todas las novelas de Perez Escrich, Alvaro Carrillo, Luis de Val, Julian Castellanos, Perez Galdós, Pereda, Fernandez y Gonzalez y otros autores de merecida reputación.

Tambien servimos, por cuadernos, la Historia de Europa en el siglo XIX, por Emilio Castelar.

OBRAS COMPLETAS.

Diccionarios de Roque Barcia; Popular Universal de la Lengua Española; geografia de Malte-Brún, César Cantú y otras obras terminadas, á pagar cinco pesetas mensuales.

MURCIA 13 DE FEBRERO DE 1898.

La Juventud Literaria

Tragedia amorosa.

I

¡Que desesperado estaba Leopoldo!

Rosaura, hermosa muchacha de diez y seis años, era el idilio del infortunado Leopoldo.

La última vez que habló con ella, era una de esas noches tristes y melancólicas de Enero.

Cuando la encantadora niña le dijo á Leopoldo que todo había concluido entre ambos, porque amaba á otro, tal fué su desesperación que al haber tenido un arma, de fijo, se arrebata la existencia.

¡Para qué quiere vivir!—decía el pobre joven, cuando abandonó la reja de su amada.—Ella era mi única esperanza; en ella deposité todo mi cariño, para que después... me olvidase.... ¿Qué hacer en situación tan difícil? ¿Cómo poder vengarme de esa ingrata, para hacerla sufrir tanto como yo sufro? ¡ah... no le sé!... ¿Matar á su amante? No, él es inocente, él no tiene culpa de mi desgracia... ella, ella es la culpable... ¡Dios mio, amparame, presta consuelo á mi corazón, ya que sin piedad alguna, le ha destrozado la mujer de mis ensueños!...

II

Eran las tres de la madrugada.

Leopoldo aun no se había retirado. Andaba como un loco por las calles de la población.

De pronto, sale de una estrecha callejuela un hombre, que poniendo á Leopoldo una pistola en el pecho, exclama:

—¿Cómo se mueva... le mato! Entrégue-me el dinero que llevo.

El joven, sin poderse contener, le dió tal bofetada, que le hizo caer al suelo sin sentido.

—¡Miserable!—exclamó Leopoldo, al propio tiempo que recogía la pistola del ladrón.

—Caballero, dije este incorporándose— mis hijos no comen desde ha des días, yo no soy ladrón, compadezcame usted.

—(¿Será verdad? Puede que sí.) Toma, desgraciado; con ese dure ya puedes llevar de comer á tu familia.

III

Las campanas de las iglesias anunciaban al nuevo día; los pajarillos alegres le saludaban con sus armoniosos cantos; los ténues rayos del sol empezaban á lucir en el horizonte; el crepúsculo matutino aparecía en todo su esplendor.

¡Hermoso día!—exclamó Leopoldo— ¡Quién sabe si será el último de mi vida! Esta pistola tal vez sea la que me arrebató la existencia, ya que el cielo no quiso fuese esta madrugada... ¡Mi muerte será el fantasma que siga á todas partes á la ingrata Rosaura!... ¡Mi muerte será un peso eterno para su conciencia!... Sí, me mataré, más antes escribiré una carta al juez, diciéndole el porqué tomo tan fatal resolución.

IV

Cuando se dirigía á su casa para escribir tan infáusta carta, se le acercó una encantadora niña de cinco ó seis años, vestida pobrecamente, que salía de la iglesia de San Justo, la que, cogiéndole de la mano, exclamó.

—Yo soy la hija del que anoche se corrió: á no ser por usted aún no hubiésemos comido. Mi papá y yo hemos estado en la iglesia y pedido á Dios que sea usted muy feliz... Al salir, díese mi papa, ese es el caballero del duro, y me he acercado á usted para darle un beso.

Al oír hablar de ese modo á la inocente niña, Leopoldo, se conmovió tanto, que besándola locamente ó inundándola de lágrimas, dijo:

—¡Pide hija mia, pide á Dios por este infortunado, que tanto padece, que tanto sufre!...

—¡Ay! ¿pues no se ha ido mi papá? Me voy, me voy, no sea caso que me rifa.

—(Pobre hombre, estará avergonzado de lo de anoche y no querrá verme.) Para que te acuerdes de mí, te regalo esta sortija, que quiero guardes toda tu vida... A tu padre le das esta cartera, que está llena de billetes, y en cambio de esto, te ruego, ¡que pidas á Dios por mí!

La niña le dió un beso y corrió en busca de su padre.

V

No hizo más que marcharse la pobre niña, cuando, de la iglesia de San Justo, salía Rosaura con su nuevo amante, muy risueña... y muy hermosa.

—Esa mujer—dijo Leopoldo—no puede ser de nadie mientras yo viva! ¡Esa mujer será mia, sino en la tierra... en el cielo!

Y disparando su pistola sobre el alabastino pecho de la encantadora muchacha, exclamó, riendo desesperadamente:

—¡Ya estoy vengado!

El pobre Leopoldo perdió la razón.

Ella solo exclamó estas dos palabras.

—¡Te perdono!

VI

Al poco tiempo, me dijeron, que el infortunado joven que cometió el crimen de la puerta de la iglesia de San Justo, había fallecido en el manicomio de X., diciendo:

—¡Rosaura... Rosaura... no me olvides!

VII

Todas las tardes, ya hacia el cementerio una hermosa niña de seis años, para depositar en la tumba de un desgraciado varios ramos de clavelones y siemprevivas.

Antes de marcharse á su casa, besa humildemente la tierra de la sepultura de su bienhechor, en recuerdo de los muchos besos que recibió del infortunado que la ocupa, en la puerta de la iglesia de San Justo.

RAMON BLANCO.



Dulces promesas.

Murmuraba celoso el arroyuelo, del áura que acaricia las flores de belleza exuberante que bordan sus orillas, y á los besos de amor, sobre las hondas, agitando sus pétalos se inclinan.

El ruiseñor entre el ramaje umbrío, donde feliz anida su amante compañera, modulaba extrañas armonías, despidiendo con trinos y gorjeos al sol que en Occidente se escondía;

Y acabada en el campo la faena de segar las espigas, en pintorescos grupos animados por el canto y la risa, á sus hogares vuelven, sin premura, los mozos y las mozas de la villa.

Un tanto separados de los otros, la gentil Margarita y Francisco, su novio, caminaban con las manos unidas, y el placer de sentirse enamorados mutuamente libando en sus pupilas.

Te amaré hasta morir, dijo él parándose ante la cruz bendita que promedía el camino; ¿y tú, me juras que serás siempre mia? y de amor palpitante la muchacha le respondió muy queda: mientras viva.

Terminó la jornada, porque todo en el mundo termina, y la noche la sombra de sus alas extendió en la campiña, como el tiempo en los novios el olvido de las «dulces promesas» de aquél día.

MARIA DE BELMONTE.

